

Jorge Luis Borges. *La Moneda de Hierro*. Buenos Aires, Emecé. 1976, 162 págs.

Las armas y las letras han sido los dos polos que han atraído a Jorge Luis Borges con idéntica pasión. En este libro, su más reciente poemario, hay hierro de espadas, acaso "cruelles", pero "hermosas", y, en contrapunto, la música de la idea y la palabra. Entre los ascendientes de Borges predominan los guerreros pero hubo también intelectuales. Aquí aparecen el Coronel Suárez, vencedor en Junín, y el poeta Juan Crisóstomo Lafinur. Otros sonetos recuerdan a los padres del poeta, quien ha venido a ser, a los setenta y siete años, "el huérfano, el hijo viejo". En 1975 murió su madre pero su presencia es aún nítida en el mundo del escritor. Su padre, muerto en 1938, no aparece menos luminoso.

Indudablemente el poeta siente que ha recorrido la mayor parte de la jornada y tiende su mirada no hacia el futuro sino al pasado. El suyo ha estado más cerca de la tinta que de la sangre o, para decirlo con célebre frase suya, "vida le ha faltado a su vida". Lo que no le ha faltado ha sido la compañía de la literatura. Ciertos autores no le abandonan: Melville, Spinoza, Kafka, Heráclito, vuelven a asomarse a estos poemas y su presencia no es menos inmediata que la de sus parientes carnales.

En este retroceso histórico, Borges parece querer pesquisar la profundidad de su doble raza: la hispánica, remontándose a los países precolombinos, México y el Perú, y hacia esos arquetipos de la nacionalidad, el inquisidor y el conquistador; la sajona, retrocediendo hasta las sagas islándicas. Y todo ello, al servicio de la búsqueda incesante de su yo verdadero. Como lo dijera Edwin Muir: "as through a dream that comes and goes, know what we are, remembering what we were...".

Pareciera que este mirar hacia atrás dejase fuera de foco al presente que rodea al escritor. No es así. Si bien no logra despertar el entusiasmo del poeta, el hoy de la Argentina, aparece en sus versos como un contraste desvalorizado frente al origen valeroso de la República. *De hierro, no de oro fue la aurora*, afirma uno de sus versos y eso explica quizá la exaltación de figuras literarias como los escritores gauchescos Estanislao del Campo e Hilario Ascaubi, quienes representan un cierto ideal de hombre para el sedentario Borges: hombres de vida intensa y aventurera, de sensibilidad y coraje, surgidos en esa época más clara de la patria, en la cual *el hombre/ aceptaba el amor y la batalla/ con igual regocijo*.

Algunos temas borgeanos reaparecen: el amor de Buenos Aires, sentida nostálgicamente desde USA., el eterno retorno, la existencia de los hombres como un sueño voluntario o permitido por otro. Algunos procedimientos: la enumeración inventarial de la realidad (recuerdos imposibles, cosas sencillas que aún lo sorprenden, lo que veremos al momento de morir). Algunas obsesiones: un nuevo intento de definir la luna. La confesión de un remordimiento insólito: no haber sido feliz (como si la felicidad fuese un logro de la voluntad) y haber gastado los días "entretejiendo naderías" (como si en verdad menospreciara los endecasílabos en los que ha trocado su vida). No asombra, entonces, que sus sueños engendren para él, en "Una pesadilla", el rostro de un rey antiguo que lo juzga, severo. La otra cara de esta dura moneda es, sin duda, la del lector atento que, agradecido, lo absuelve —valga el *understatement*.

CARLOS CORTÍNEZ